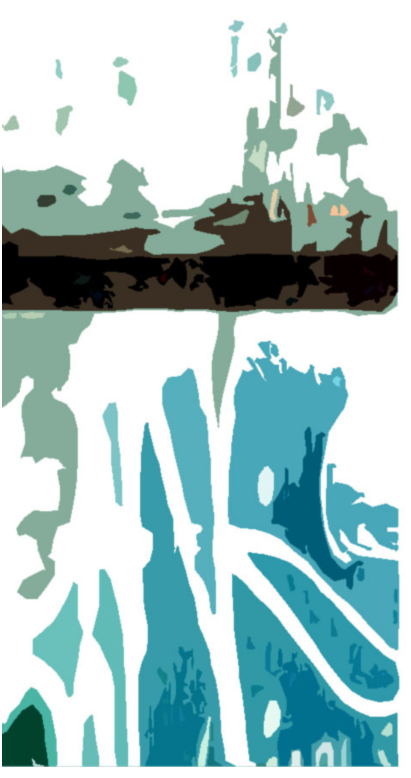


Enterregado abril

Jorge Vega

Crunch!

JORGE VEGA : ENTERREGADO ABRIL

CRUNCH • MÉXICO

Jorge Vega

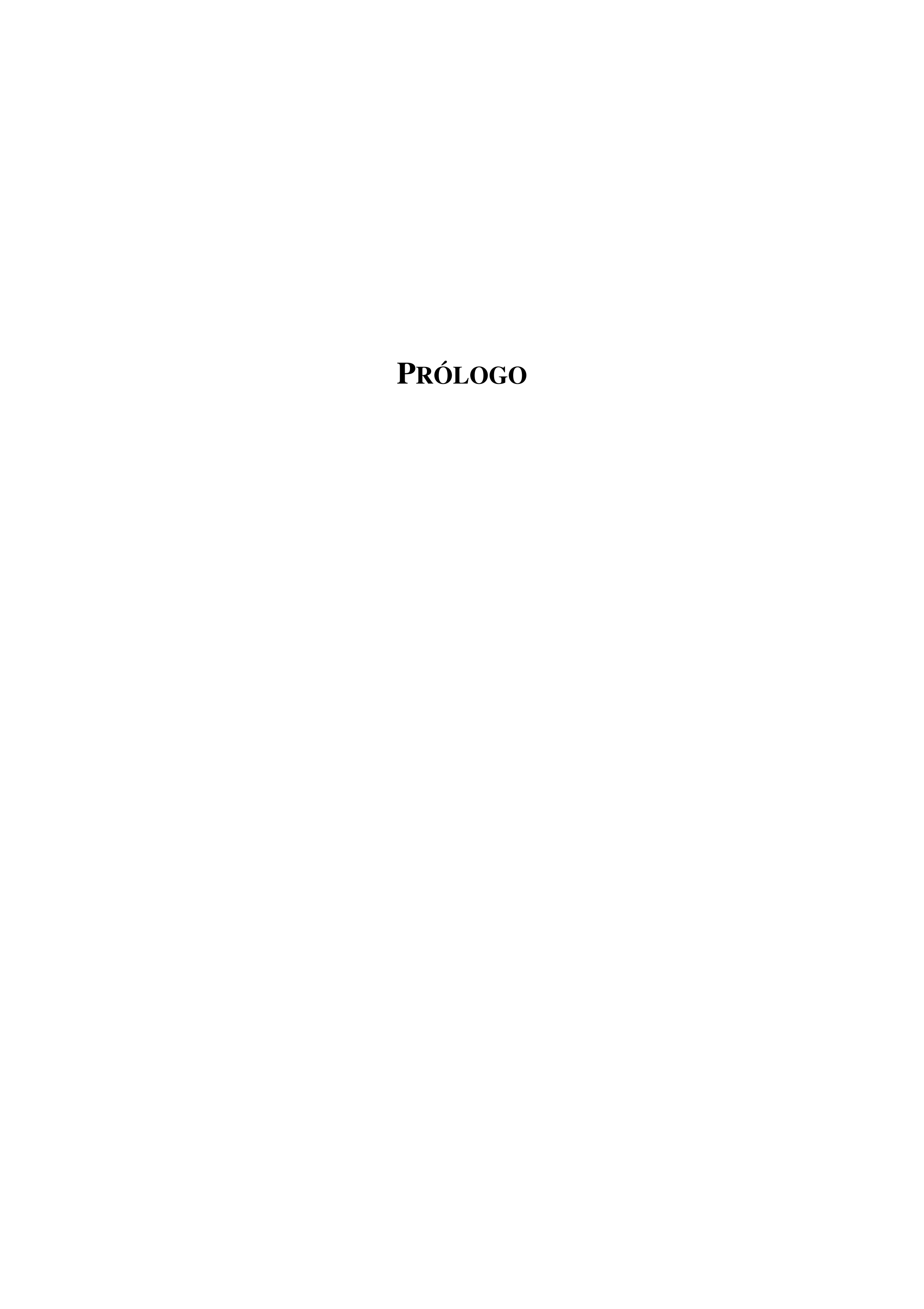
Enterregado abril



Primera edición

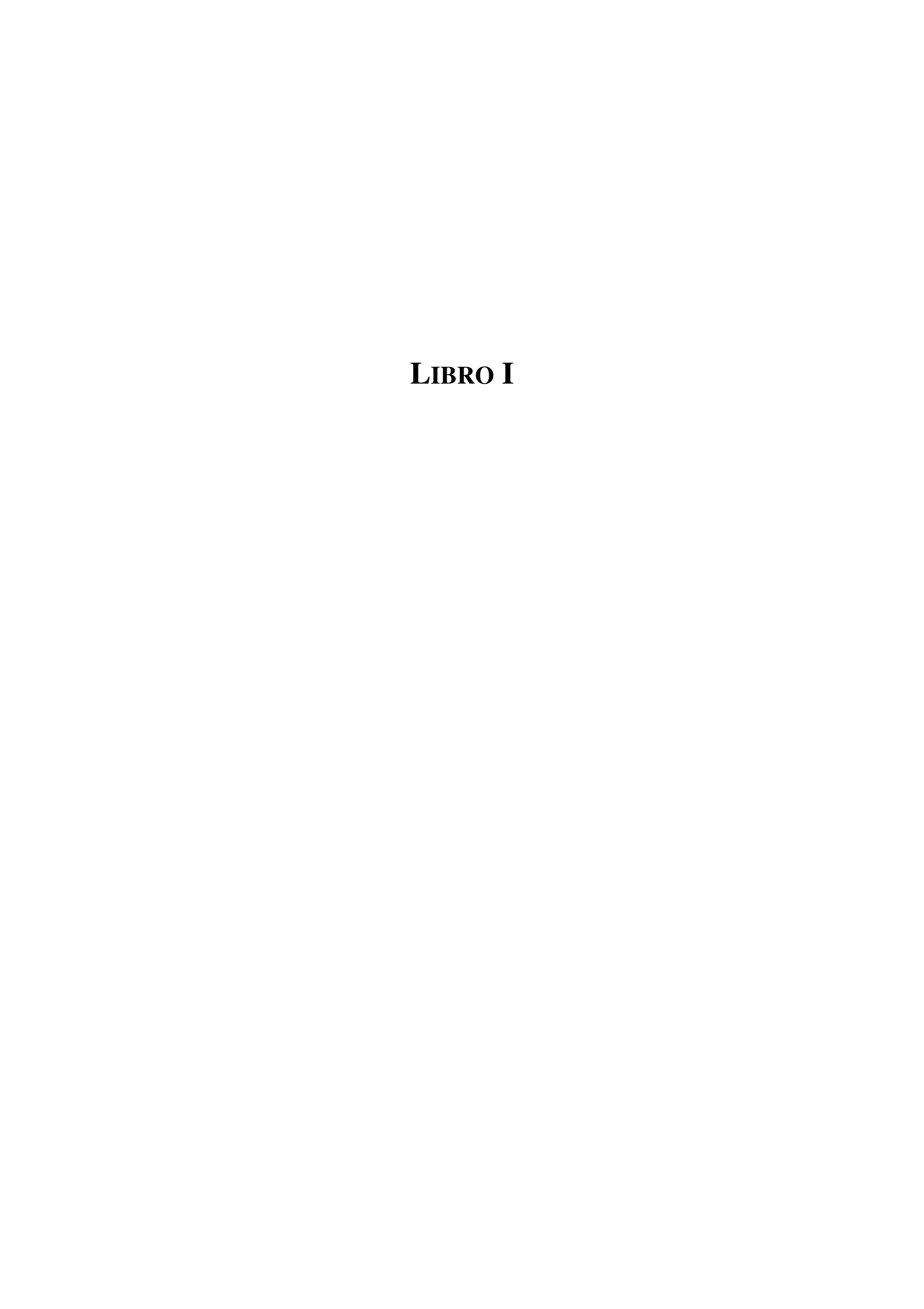
Arista 1443, Segunda Sección
21100 Mexicali, B.C.

Pide que tu camino sea largo.
Kavafis



PRÓLOGO

Ahora
que me quema la noche,
que París es una fiesta, Vallejo,
que se muere el amor dentro de mí,
viejo buque de combate,
carcomido que estoy, rotos
mis calcetines de perseguirte,
quisiera tener un banjo y cantar, Tom,
esa vieja canción que hace rodar
el Mississippi.



LIBRO I

Enfermo de experiencias arcaicas,
de libros vastos y eruditos,
extravío los deseos de renovarme.

La ciudad es un cementerio
de ideas prestadas.

Un hombre como yo,
sin respuestas, pleno de sentido,
naufraga en calles donde las palabras
esconden tardes de cuchillos.

Oscuro, animal,
penetro en las palabras.

La libertad duele de tan abierta.

Me refugio en conceptos,
en prejuicios afilados,
a tientas, dando traspiés
—ciego que juega a las escondidas—.

Uno es una casa,
un pensamiento recurrente,
neuronas prodigiosas
encerradas en la credencial
de elector,
donde ya no sé si sonrío
o es que el fotógrafo
pidió que mirara
el pajarito de la libertad.

Encerrado
en los adjetivos,
en el sujeto entrecomillado,
preso de los signos de interrogación,
                    de los puntos,
doblado por las versales,
sujeto al papel blanco, a la pantalla
                              de la computadora,
a los prólogos,
            me busco.

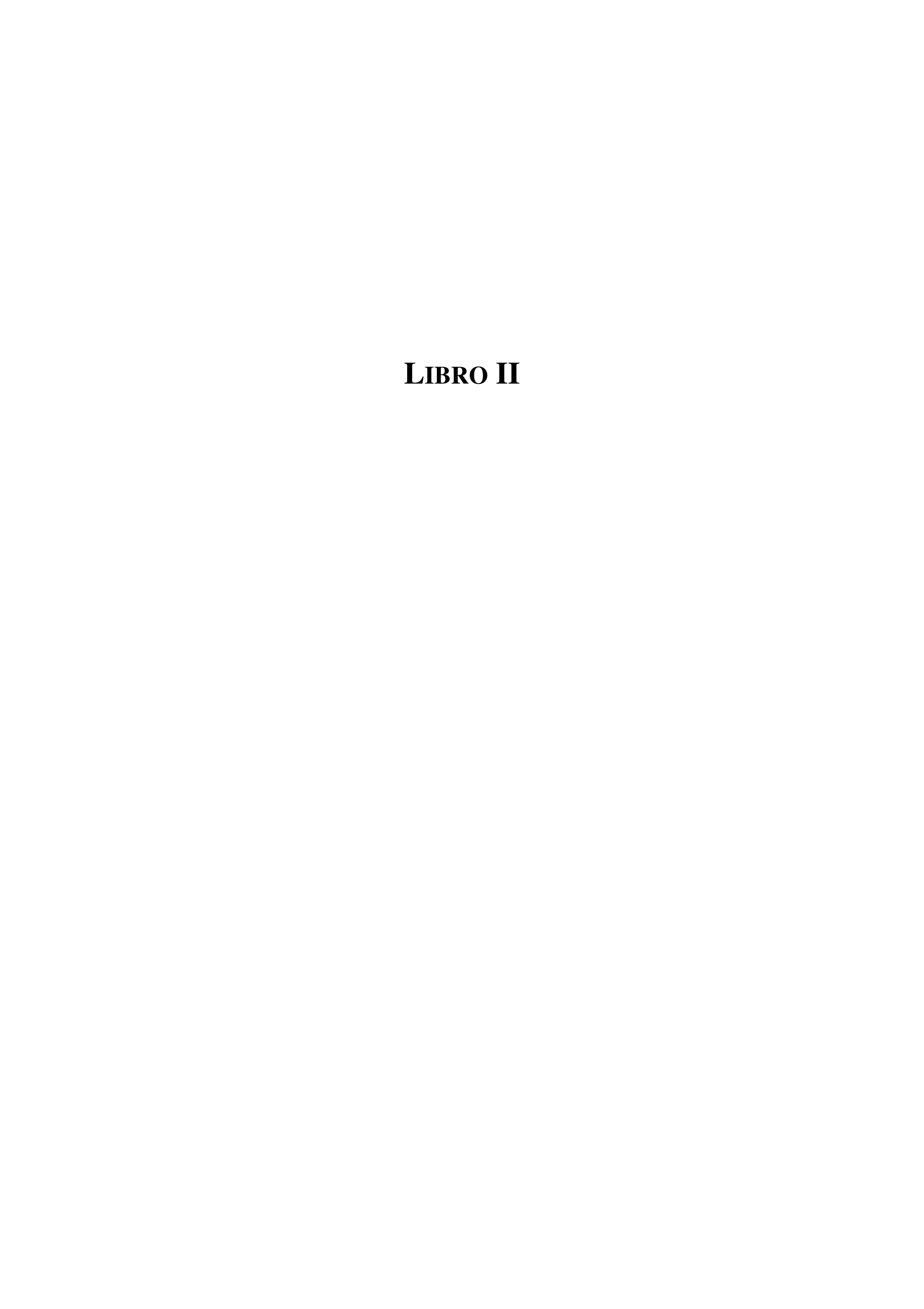
Cómo puede
un poeta provinciano,
                    de fin de siglo,
oloroso a tierra, a mangos dulces,
versificar angustias cosmopolitas.

Poeta de juegos florales,
ticús inundado de versos
que quiere escribir emociones
y plantarlas en su ombligo izquierdo
para que crezcan entendimientos
como árboles de tamarindo.

Quiero recorrer
vacío, animal único,
ese mundo que desconoce
el sabor de las palabras.

Quemar la casa,
caracol anidado en la memoria,
olvidar la yerba, Whitman,
cruzar a nado el río de compañeros
ensangrentados, Gelman,
olvidar los jueves de Vallejo,
el paracaídas de prejuicios, Altazor.

Vacío
pájaro de mirada encendida,
sin condiciones.



LIBRO II

La vida crece
hasta tocar el borde de los ojos.

Ya no puedo encontrarte.

No sé qué prefiero,
si hundirme en el llanto o mirar
cómo caen los fragmentos
que inventaban tu nombre.

Ausente de tus piernas
muero en esta tarde de cervezas,
de mujeres rotas y rocolas,
en una cantina donde suena
el mariachi.

Hay que destruir
a patadas, con piedras,
esta realidad
donde ya no cabe sino el odio.

Quiero asesinar el tiempo,
que ya nunca amanezca.

Odiarte a gritos en abril,
el mes de las desgracias.

Tocar a duelo.
Que las campanas sean tu sepulcro.

Incendiar uno a uno tus años,
que mueras con dolor.

Que nadie se entere
de mi tristeza.

La casa duele
cuando te marchas
o nos marchamos como quien recorre
los senderos del odio.

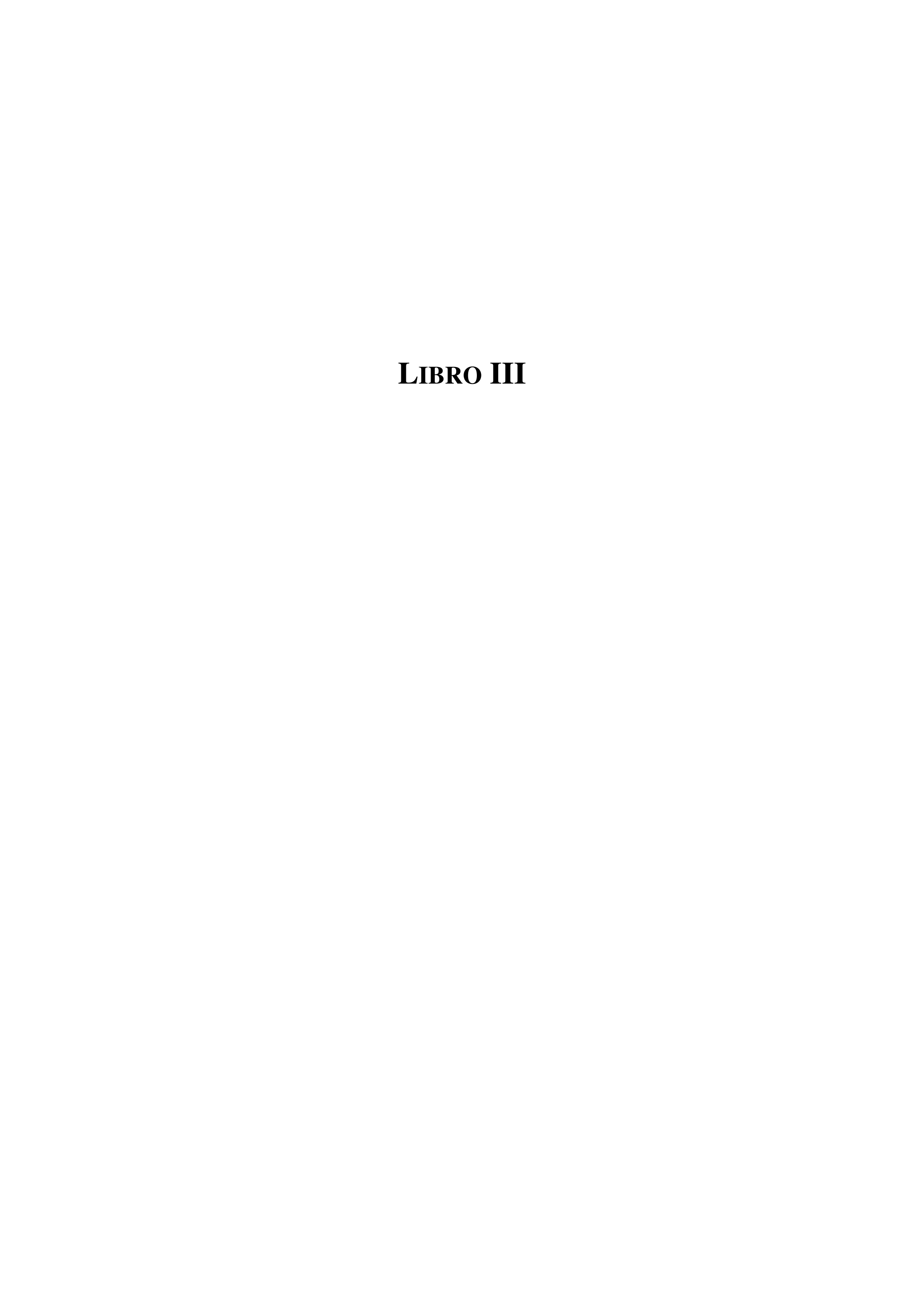
¿Acaso en verdad nos entregamos?
¿En verdad tienen raíz
nuestras manos de acariciarnos tanto?

Hoy despertó a mi lado
la tristeza, animal indolente
¿porque no acabas de marcharte?

De nuevo al polvo,
a la tierra de todos los días.
Abro los ojos a tu cuerpo
confundido y vuelto uno, dos,
a larga distancia.

¿Era tu voz el sueño húmedo
que empezó a caer pendiente abajo?
¿Éramos los dos,
el miedo infantil a vivir solos?

Hoy despiertas en otra piel,
hoy naufragan solas mis ansias.
Debí cerrar el corazón un poco antes
de marcar los números donde ahora
yaces.



LIBRO III

Para Tita

Si escribiera una flor
amanecerían inundados
de sol
los periódicos.

Soy tierra donde siembras emociones,
una certeza, un movimiento,
madera preciosa que canta, río que fluye,
brazo que colorea los rayos del sol.

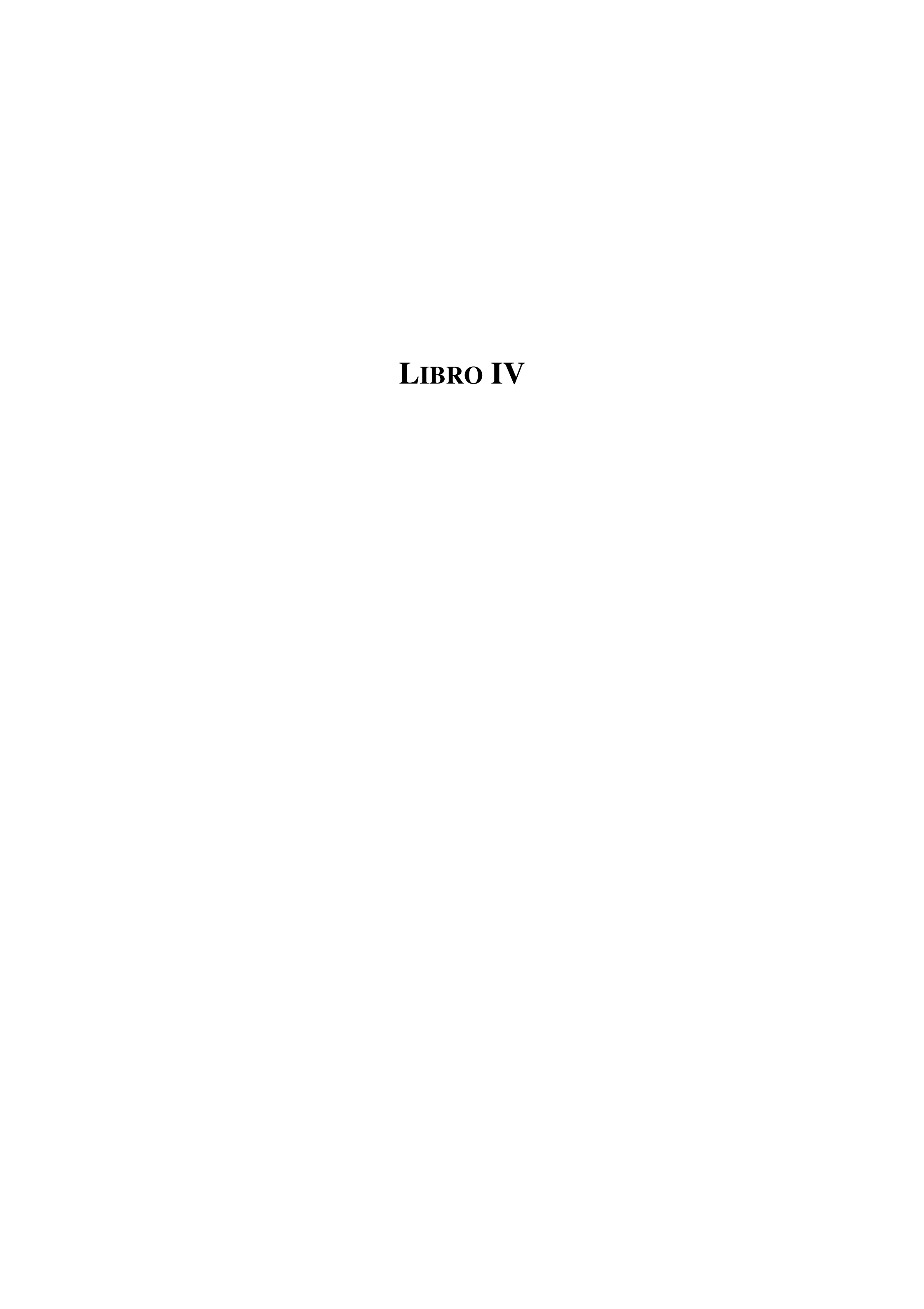
Canto desde el silencio,
sin aspavientos, sin intenciones morales.
Me mueven las piedras, el agua
que brota de tus manos,
tu sexo, que es una fiesta.

Las camas son
para acostar a las niñas bonitas
como tú, que ahora reconoces
las orillas encendidas de tu cuerpo,
que arde en las horas luminosas
de la madrugada.

Construyo barcos de papel y navego
pupila adentro hasta tocarte.

Hoy me baña la luna, que es tu piel.
Gravito alrededor de tu sexo,
de tu abertura lunar.

Recorro la extensión de tu superficie
y de regreso, al abrir los ojos en tierra
descubro guijarros,
trocitos de queso y un arete
que olvidaste al partir,
entre bostezos,
con mamá que te quiere.



LIBRO IV

Tiempo de agua
húmedo de angustia, de viento.

Compro cebollas para llorar
en las bancas de la incertidumbre.

Harto de mí, del ojal en la camisa,
afeito mis labios hasta la sangre.

Dos horas bastan para morirse.

Al crecer nos volvemos
máquinas de dar respuestas,
nunca asombros.

Avanzo por las calles
de una ciudad que no entiendo.

Purifícame,
dame a beber del tequila que arde
en lo profundo de tu risa.

¿A quién culpar del silencio,
de la zarza que arde para volvernos ciegos?

¿Cómo asimilar la totalidad del tiempo
en un cuerpo que se doblega, que se hunde
los miércoles y lunes de cada semana,
cuando el hastío se vuelve añoranza?

Me consumo.
Un segundo equivale a la eternidad.

Quiero abandonar todo,
las uñas enterradas en la memoria,
los zapatos que no llevan a ninguna parte,
el orden, el cenicero de la fe.

Ser siempre ligero, sin verdades
como estampillas conmemorativas,
alejado de los edificios
donde se acuñan las palabras.

Herido de sol.
Potro que cabalga en el vértigo.

Tengo varios cantos,
uno para cada ocasión,
guardados en alacenas de ternura,
que canto cada vez que el vacío
se enamora de mis manos.

Hoy comienza el frío,
el cambio de fortaleza, serpiente.
Entre una piel y otra el abismo,

La noche hiela a los treinta y dos,
congela la risa a la altura de las manos.

Desnudo, sin ideologías, sin esperanzas,
camino al encuentro de mi noche oscura.

Me tiemblan las rodillas sin besos,
el sexo enroscado en sí mismo.

Me gustaría un radio de transistores
para sintonizarme, encontrar
las coordenadas de mis huesos.
Pero hace frío y estoy llorando,
y canto.

Amanezco vacío, sin propósitos.

Soy agua callada,
un cuarto solo, la calle,
lleno de mar pero vacío,
con toda la tarde para incendiar barcos.

Un zumbido,
abejas o moscas
navegando olores de miel.

El viento se carga de mar,
de limoneros, tamarindos, guayabas.
Mueve lento las palmeras,
los cabellos que olvidaste
mientras te peinabas.

Alguien canta.

El cielo se deshace en olas.

El día bosteza y llueven flores
amarillas

No existen oídos,
ojos dónde recostar las manos,
amellar los filos del absurdo.

Escribo en el trópico,
los pies hartos de recorres esperanzas.

Uno nunca sabe dónde comienza el alma
a volverse triste.

No existe una silla
dónde reposar, abandonarse
—un día habrá donde nada de esto
tenga sentido—.

Nadie escucha, sólo las palabras,
y ellas siempre mienten.